

—O Rosalía, que jugó al vivo una mala partida, y que ahora ama al muerto. Tengo vivos deseos de saber quién es, y no me iré de este sitio sin averiguarlo.

—Vamos, pues, pero con discrecion y recato.

Ambos jóvenes adelantaron con precaucion por entre los árboles, y cuidando de no hacer ruido. Llegados muy cerca del sepulcro de Julio, vieron que una anciana venerable regaba con sus lágrimas aquella tumba y las flores que sobre ella habia colocado.

Al ver su semblante en que se retrataba una reconcentrada afliccion, y surcado por la huella de antiguos y amargos pesares, los jóvenes se sintieron conmovidos, y se retiraron con respeto.

—¡Nos habiamos engañado!—dijo tristemente Fabian.—Esas amantes compradas con oro, no vienen jamas al sepulcro de los que por ellas se sacrificaron. ¡Sólo las madres no olvidan, y dan siempre á sus hijos su amor y sus lágrimas, aun más allá de la tumba!

—Tienes razon; y Julio fué cruelmente ingrato con la que le dió el ser.

—Sí; el demonio de la lujuria le cegó, con sus garras le arrebató del hogar paterno, y le hizo faltar á todos sus deberes. Ya ves las fatales consecuencias: una existencia temprana sumida en la tumba, y una madre affigida y abandonada; consecuencia todo ello tambien de la mala educacion que recibió el que llamábamos irónicamente *señorito Julio*.

EL CONDE Y EL SACRISTAN.

I

—Señor Conde, está ya el chocolate.

—¿Y quién te lo ha pedido, zopenco?

—Como á esta hora acostumbra tomarlo Su Excelencia.....

—Lo tomo cuando me da la gana; y cuando nó, no estoy al arbitrio de mis criados para que me hagan engullirlo á hora fija..... ¡Con dos mil demonios!.....

—Está bien, señor.....

—¿Y qué haces ahí parado, truhan impertinente?....

—Espero que el señor Conde me dé sus órdenes, y me diga á qué hora quiere que se lo traiga.

—¡Mil rayos! Yo sabré si lo tomo ó no lo tomo.

—Está bien, Excelencia.

—Lárgo, lárgo de aquí, y pronto, ántes que me impacientes! ¡Con doscientos mil demonios!.....

Esta escena pasaba en una reducida aldea no léjos de la corte, ó por mejor decir, en cierto castillejo si-

tuado en una colina, como á dos millas de la citada aldea, formando ésta parte de los dominios del Exmo. Sr. Conde de Fierabrás, Caballero de la real Orden de la Tortuga, Comendador de la del Escarabajo, Grande del reino, Señor de villas y lugares, etc., etc.

Era el tal Conde un sér original y defectuoso; como si la Naturaleza, al producirlo, hubiera juntado para ello sus más inútiles y gastados residuos. Su fealdad física, de la cual ciertamente él no tenia la culpa, corría parejas con su fealdad moral, cuyo mayor defecto era un carácter descontentadizo é iracundo que tenia en constante alarma y con el Jesus en la boca á cuantos le rodeaban, y particularmente á los que tenian la desgracia de servirle; por lo cual el Exmo. Sr. Conde mudaba de criados como de camisas.

Era el de Fierabrás, de largas y escuálidas formas; sus nervios estaban en constante vibracion por la impaciencia ó por la ira, lo que hacia que sus manos huesosas, amarillas y velludas, tuviesen siempre interminable convulsion, ya abiertas como las patas de una araña, ya cuando se cerraban á impulsos de sus iracundos accesos. Cuerpo encorvado, rostró enjuto, nariz larga, mejillas amarillentas y acartonadas, cejas juntas y tupidas, cabeza calva y con unos cuantos pelos entrecanos é hirsutos, ojos hundidos, pero que salian de sus órbitas sanguinolentos y airados al estallar la furia bravía de su ánimo indómito y salvaje; tal era la parte física del señor Conde, personificacion acabada del orgullo y de la ira.

En cuanto á su parte moral, ya ustedes la habrán calificado, en vista del diálogo con que empieza esta narracion.

Esta iracunda exacerbacion de sus sentimientos se extendia á todos los actos de su vida doméstica. Así es que repetidas veces habia desgarrado un jubon porque, segun él, no le sentaba bien; ó habia tirado á la cara de su ayuda de cámara una pechera algo ajada, ó arrojado á la cabeza de un lacayo alguna rica porcelana, ó matado de un pistoletazo á alguno de sus lebreles, tan sólo por haber éste gruñido en los momentos de furor de su amo.

Quería que toda su servidumbre anduviese como un reloj. A horas fijas se le habia de vestir y acicalar; á horas fijas se debia entornar ó abrir una vidriera, desplegar ó arrollar un cortinaje, poner el coche para el paseo, servir el almuerzo, echar pienso á sus caballos, poner de tal ó cual manera su poltrona, encender las luces aun cuando fuera aún de día claro, etc., etc. Y lo más raro era que habiendo establecido aquel nimio órden, el mismo Conde se rebelaba á veces contra él y echaba á todos los diablos á los que componian su servidumbre porque no adivinaban su humor y querian, segun decia, subírsele á las barbas é imponer á sus acciones una exactitud cronométrica.

Menudeaban, pues, las escenas semejantes á esta:

Un lacayo se presentaba y le decia respetuosamente:

—Excelencia, el coche esta puesto.

—¿Y quién lo ha pedido, bergante?

—Como es la hora en que el señor Conde ha mandado que se ponga todos los días.....

—¡Con dos mil demonios! ¿he de estar yo sujeto á salir en coche, quiera ó no quiera, don borrico?

—Entónces, retiraré el coche.

—¡O no lo retirarás, bellaco! Aquí se hará únicamente lo que yo mando; ¿entiendes?..... ó si no, ¡con doscientos mil demonios que te haré añicos!

—Pues no lo retiraré, señor; quedará puesto á disposicion de Vuestra Excelencia.

—¡Por Cristo! que ya me apuras la paciencia! ¿Quién te ha dicho que tú estás facultado para decir: se hará esto ó se hará estotro? ni si quedará puesto el coche, ó no quedará? Yo sólo mando y doy órdenes aquí; ¿lo entiendes, don cernícalo?

—Espero, en ese caso, que Vuestra Excelencia me dé sus órdenes diciéndome si espera el coche al señor Conde, ó si lo quito.

—¡Miserable lacayuelo! ¡tú eres el que te has de quitar de mi presencia ántes que te arroje por esa ventana!

Y el iracundo potentado cumpliría la amenaza, si el lacayo no se retirara precipitadamente, maldiciendo de todos los condes habidos y por haber.

Presentábase á veces un ugiér y, tomando todas las precauciones de comedimiento y respeto, entregaba al Conde una tarjeta, alargándosela, en una bandeja de plata.

—Y esto ¿qué es, don babieca?

—Como verá Su Excelencia, es la tarjeta del señor Intendente, que pide al señor Conde licencia para hacerle una visita.

—¿Y quién les ha dicho á ese Intendente y á tí, que estoy á sus órdenes á la hora que les parezca venir á importunarme?

—Como el señor Conde no me habia prevenido dijese que no estaba visible.....

—¡Con trescientas legiones de demonios! ¡Idos al infierno los dos!

—Señor, el Intendente dice que viene en virtud de un llamamiento que le hizo Vuestra Excelencia para arreglar cierto negocio.

—¡No estoy para negocios, belitre! ¡Lárgo de aquí!

—Entónces, le diré.....

—¡Que se vaya con Satanás, como tú te vas á ir al momento, bestia con librea! ¡Tóma por tu necedad!

Y tarjeta y bandeja iban volando, á dar en la cabeza del mísero ugiér; y el señor Conde de Fierabrás se quedaba bufando y renegando.

Con estos fieros y estas rabias sufridas por los que rodeaban al Conde, adquirió pronto éste fama de tirano y desalmado, y se concitó la malquerencia de sus subordinados. Aunque esta desfavorable opinion llegó á sus oídos, no por esto sirvióle para refrenar sus ímpetus; ántes bien, haciendo alarde de su poderío y de su buena posicion en la corte, amenazaba á sus súbditos con un tremendo castigo, y con acabar para siempre, segun él decia, con aquella miserable raza de lacayos.

II

En aquella aldea cercana al castillejo del Conde de Fierabrás, había, como en todos los villorrios de cierta población, una pequeña iglesia, con funciones de parroquia, servida, naturalmente, por el cura de almas y por un sacristan. Quince años hacía que éste desempeñaba aquel cargo, que heredó de su padre, tiempo suficiente para que fuera muy conocido, aun en las más ligeras particularidades de su vida, no sólo por los habitantes de la susodicha aldea, sino por todos los de los pueblos circunvecinos.

Fama tenía de cumplido en sus obligaciones, de sencillo y pacífico en sus costumbres, de tener una alma de Dios y un bondadoso carácter, cuya principal cualidad era una paciencia á toda prueba, de lo cual daba frecuentes muestras.

Si faltaba la cera, emprendía larga caminata hasta la ciudad, para proveerse de ella, y regresaba con su provision cargado como un borrico; si escaseaban algunos otros menesteres para el culto, él se encargaba de proporcionarlos, no omitiendo para ello fatiga ni sacrificio alguno; si en las grandes fiestas religiosas se trataba de adornar la iglesia, él solo se entendía con esto, yendo y viniendo, trafagueando y sudando, bajando y subiendo hasta el extremo de los botareles, con riesgo

de romperse mil veces la crisma; si alguna devota rezagada quedaba en el templo, embebecida en sus interminables oraciones, él esperaba pacientemente á que las concluyese, para cerrar la puerta de la iglesia.

Y todo esto lo hacía sin ceño, sir murmurar; sino ántes bien, con apacible actitud, y con rostro tranquilo y risueño, en el cual se reflejaban la paz de su corazón y la santa serenidad de su alma.

Como se ve, el buen hombre, comparado con el señor Conde de Fierabrás, era la antítesis más completa, ó, como decía mi tia en su lenguaje familiar, *el reverso de la medalla*.

Su nombre era Facundo; pero todos los vecinos, al ver su buen carácter, su paciencia y su afabilidad, llamábanle Yucundo, para significar con una sola palabra el júbilo apacible que rebosaba en su semblante, y la hermosa alegría de su ánimo.

—Este buen Yucundo—decían—es una paloma sin hiel.

—¿Y creerá usted que el otro día, al ver la fatiga y dificultad que tenía el hijo del tío Romualdo para componer la carga de harina de su borrico, se puso á ayudarle, y á recoger la harina derramada, hasta no dejar ni una brizna en el suelo?

—Ya lo creo; si es un santo y paciente varon.

—¡Qué me habla usted de su paciencia! El pasado otoño le ví empeñado en contar uno por uno los frutos de que estaba cargado el peral de la parroquia, y no descansar hasta que hubo sacado la cuenta exacta.

Para una sola cosa necesitaba ayudante el buen Yucundo, y era para echar repique á vuelo en las grandes solemnidades religiosas; cosa que no podía hacer él solo con las tres ó cuatro campanas de la torre; una sola cosa tambien, se le hacia cuesta arriba, aunque de ello no se quejaba, y era subir tres ó más veces al día los cincuenta ó sesenta escalones que conducian á lo alto del campanario, para dar los toques necesarios: así es que se ingenió para evitarse tal molestia, llevando los cordeles campaneros por ciertos conductos, de modo que fuesen á parar al cubo inferior de la torre, muy cercana á su habitacion, que era una parte de la del cura. Éste y el sacristan estaban servidos por una anciana llamada Francisca; mujer que trataba al uno con veneracion, y al otro con acendrado cariño.

Sucedió que, como si el diablo se empeñase en dar al traste con la paciencia del buen sacristan, éste encontró frecuentes motivos para perderla, en la cosa única que le desazonaba.

Un día vió que los queridos cordeles estaban rotos, sin atinar por qué causa.

—¡Habrà cosa más rara!—se decia.—Hace no más seis días que los repuse, buenos y flamantes, y ni yo tiro tan fuerte, ni es posible que en tan corto tiempo se hayan gastado..... Aquí hay por fuerza una causa desconocida.

—Tia Francisca—dijo á la anciana sirviente—¿de dónde habrá procedido esto?

—¡Hay cosa más sencilla!..... las ratas, hijo: como

que es tal su abundancia, que el día ménos pensado... no digo roer cordeles, en peso son capaces de llevarnos con todo y curato..... y un día vamos á amanecer muy léjos de aquí arrastrados por esos bichos.

—Seria bueno que usted, tia Francisca, se encargase de ponerles, en el tramo de la torre, uno de esos menjurjes que sirven para desterrarlas.

—Así lo haré mañana mismo.

—Gracias, tia Francisca..... porque eso de subir diariamente tanto escalon, fatiga mucho á mis pobres piernas.

El sacristan repuso sus cordeles, buscándolos nuevos y fuertes.

Pero ¡oh dolor! á pesar de esa novedad y de esa fortaleza, al día siguiente volvió á encontrarlos rotos.

—Tia Francisca—dijo—me volvió á suceder el percance; y es que quizá usted se olvidó de mi encargo.

—La verdad que sí, hijo..... está una á veces tan ocupada!.....

—Tiene usted razon..... ¡pobrecita!..... ya se hará cuando buenamente se pueda.

—Mañana mismo; no me olvidaré.

El buen Yucundo volvió á recomponer los rotos cordeles, subiendo con esfuerzo, pero risueño y alegre, hasta lo alto de la torre.

Yo diré á ustedes la verdad del caso. No habia tales ratas, ni tal menjurje. Varios caballeros de la corte, que estaban de temporada campestre en aquellas inmediaciones, oyeron elogiar la inimitable y rara pa-

ciencia del sacristan, cosa que admiraron. Hubo disputas sobre la verosimilitud de aquel carácter apacible llevado al más alto grado, y algunos apostaron á que conseguirían hacer impacientar á Yucundo, aun cuando fuese una sola vez. Se informaron de lo más á propósito para conseguir su objeto, y supieron que la molestia de subir á la torre era tal vez lo único que no soportaría con paciencia.

Diéronse sus mañas, y, aunque con trabajo, lograron que Francisca entrase en el complot, conviniendo en que ésta les permitiera penetrar diariamente á la torre, con objeto de hacer en los cordeles el destrozo que tanto molestaba al buen sacristan. Francisca tomó parte en aquella intriga, sólo para probar á aquellos currutacos de la corte, según ella decía, que un pobre y oscuro aldeano era bueno á toda prueba.

Al quinto día volvió á decir Yucundo á Francisca:

—Siguen las ratas haciendo de las suyas, y es porque se ha olvidado usted de mi encargo. Y es natural..... ¡pobrecilla! tiene usted tanta faena con el señor cura y conmigo! Sólo pido á usted me haga favor de prepararme el consabido menjurje, y yo me encargaré de ponerlo todos los días en los lugares convenientes.

—Así lo haré.

Pero pasaron tres y más días, y ni el menjurje aparecía, ni los cordeles dejaban de amanecer destrozados. El buen Yucundo se resignó, y dijo á la anciana criada:

—Veo que á usted, por sus muchas ocupaciones, no

le es fácil hacer mi encargo. ¡Pobre tía Francisca! bastante tiene usted con el diario trajin, cuando ya debía estar descansadita, y servirle yo, en pago de los muchos servicios que usted con buena voluntad me ha prestado desde hace tantos años. No se mortifique usted ya con mis imprudencias..... porque además, según es el destrozo que hacen esos roedores, creo que no bastarán todos los antídotos del mundo para desterrarlos. El remedio sería sustituir los cordeles con cadenillas; pero estando, como está, tan pobre nuestra parroquia, no hay para ese gasto. ¡Qué hemos de hacer! seguiré subiendo mis sesenta escalones, mientras Dios me dé fuerzas en estas cansadas piernas.

Enternecida Francisca con tal paciencia y mansedumbre, abrazó al inimitable Yucundo, y con lágrimas en los ojos, le confesó el complot en que ella había tenido parte, pidiéndole que la perdonase.

Los ociosos currutacos, como ella les llamaba, perdieron la apuesta, y quedó triunfante y más ensalzada la paciencia del buen sacristan.

III

En la aldea en que vivía nuestro Yucundo vióse cierto día movimiento desusado: las vecinas salían á sus puertas, los perros ladraban, como husmeando algo desconocido para ellos, y los chicos que no estaban en

la escuela acudían en tropel á determinado lugar. Aquel alboroto lo causaba una cabalgata que entraba en el pueblo, compuesta, al parecer, de personas distinguidas, ya que no por su traje, que era asaz modesto, sí por sus maneras y su apostura: eran sin duda viajeros de la corte, que quizás iban á campestre expedición ó á una partida de caza.

Alojáronse en la única mala posada que allí existía, y donde apenas cupieron, con gran incomodidad, ellos y sus cabalgaduras.

Como es natural, tratándose de campesinas y cortas poblaciones, cuya vida es tranquila y sin grandes sucesos, la llegada de aquellos viajeros fué un notable acontecimiento, y objeto de todas las conversaciones: no fué, sin embargo, motivo bastante para hacer olvidar el suceso de aquellos días, relativo á la nueva prueba de bondad y paciencia dada por el sacristán, y de lo cual se hablaba aún con calor. Así es que, á las dos horas de haber llegado los consabidos viajeros, ya sabían éstos toda la historia y la vida ejemplarísima del buen Yucundo.

Así las cosas, el que parecía el principal personaje de la recién llegada comitiva, dijo á uno de sus acompañantes:

—En verdad que nunca habríamos elegido peor lugar que éste para nuestra permanencia.

—En efecto, señor, estais aquí con gran incomodidad.

—Vé, é infórmate si habrá en estas inmediaciones otra mejor posada.

—Ya lo he hecho, señor; mas segun me han informado, no la hay, en muchas leguas á la redonda. Se me ocurre, sin embargo, un medio.

—¿Cuál es?

—Cercano está el castillo del Conde de Fierabrás, y si..... su señoría lo permite, pudiéramos pedirle hospitalidad.

—¡Bonito medio para conservar el incógnito!..... Tengo, además, respecto al tal Conde, mis miras particulares.... Mas ahora que lo reflexiono, pudiera muy bien entrar en ellas el paso que me aconsejas. Anda pues, Gonzalo, en demanda de esa hospitalidad: ya lo sabes..... mucha discrecion y prudencia; y si el Conde nos admite en su casa, tú harás de personaje principal, y yo me encubriré bien.

El llamado Gonzalo partió á desempeñar su comision.

El Conde de Fierabrás estaba encerrado en su habitacion particular, y en uno de sus frecuentes momentos de mal humor.

Un criado se acercó receloso, y despues de vacilar largo tiempo, preguntó respetuosamente desde el lado exterior de la puerta:

—¿Da permiso Su Excelencia?.....

Oyóse una especie de bufido, como de fiera enjaulada, y luego una voz ronca y destemplada gritó:

—¿Qué quieres, imbécil?

—Señor, una persona, al parecer de alto rango, está á la puerta del castillo, y pide hospitalidad, por uno ó dos dias, para él y su comitiva.